

Índice

Siglas	9
Introducción	11
PARTE I	
Notas sobre la demografía, la sociedad y la política del Pirineo navarro	17
PARTE II	
El fracaso de los primeros pronunciamientos anticarlistas de la Navarra pirenaica (1834-1835)	27
PARTE III	
La Confederación Liberal de la Montaña. El levantamiento de principios de 1836	41
Roncal	41
Aezkoa	67
Salazar y Sangüesa	70
La evolución del pronunciamiento	73
El desarme. La resistencia de Valcarlos	89
Epílogo	111
Conclusiones	123
Apéndice biográfico	
Semblanzas de militares, civiles movilizados y clérigos liberales del «país confederado»	127

Siglas

ADP	Archivo Diocesano de Pamplona
AGJA	Archivo General de la Junta de Aezkoa
AGN	Archivo General de Navarra
AGMS	Archivo General Militar de Segovia
AHM	Archivo Histórico Militar (Madrid)
AHN	Archivo Histórico Nacional
AMP	Archivo Municipal de Pamplona
<i>BOP</i>	<i>Boletín Oficial de Pamplona</i>
<i>BNPV</i>	<i>Boletín de Navarra y Provincias Vascongadas</i>

Introducción

A pesar de la insistencia en la hegemonía absoluta de los realistas y los carlistas en la guerras civiles libradas en Navarra durante el siglo XIX, mejor habría que hablar de semihegemonía. Y ello porque, además de que no lograron controlar todo el territorio, en esas contiendas tuvieron en contra a varios cientos de militares profesionales y algunos miles de paisanos armados también navarros. La información al respecto ya conocida sobre la guerra de los Siete Años es incontrovertible. Se sabe que en ella los combatientes liberales fueron más de 4000 y la noticia que sigue apunta a que ya entonces se admitía que era así¹. Según el autor de una carta anónima, enviada desde Valcarlos a principios de 1839, pasaban de esa cifra los navarros que voluntariamente servían en el ejército, cuerpos francos y Milicia Nacional, «por amor a la Constitución y a la reina, hallándose entre estos la parte más ilustrada y rica del país»².

1. Ángel García-Sanz Marcotegui, *Liberales navarros en la primera guerra carlista. Los cuerpos francos y el motín de 1837*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2014, p. 15.

2. *El Eco del Comercio*, 14-II-1839. Como puede comprobarse, coincide con el testimonio de Isidro Ramírez Burgaleta (*Primeros pasos de Navarra hacia la guerra civil de 1833: opiniones y deseos de esta Provincia*, Zaragoza, Imprenta de Ramón León, 1840, pp. 12-13) y el más conocido del conde de Guenduláin (*Memorias de D. Joaquín Ignacio Mencos, conde de Guenduláin 1799-1882*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1952, p. 83). Respecto a la última guerra carlista, véase Ángel García-Sanz Marcotegui, «Los efectos de las guerras en la configuración de la identidad (siglo XIX)», en *Actas del VI Congreso de Historia de Navarra. Navarra: Memoria e imagen*, Pamplona, SEHN; Ediciones Eunat, 2007, pp. 155-205.

Por otra parte, en el sentido indicado, se tiende a olvidar que la influencia de los carlistas fue muy desigual en las distintas partes de Navarra y que, incluso, una comarca, la pirenaica, se pronunció contra su dominio y organizó militarmente a la población a favor de la reina. En esta zona se fue configurando un peculiar microclima político caracterizado por su anticarlismo.

En efecto, la adscripción liberal de los valles de Baztan, Salazar, Aezkoa y Roncal y la localidad de Valcarlos quedó patente en la primera guerra carlista³. Así lo puso de relieve la Diputación de Navarra en 1838 (ver p. 75). Igualmente el vocal de esta corporación y más tarde también su secretario, Francisco Javier Baztán Goñi, hizo lo propio en 1860⁴. Ya en marzo de 1875 la Diputación Foral dirigió un oficio al general en jefe de los ejércitos del norte, Genaro Quesada, en el que proponía armar a los valles de Roncal, Salazar y Aezkoa, «de opiniones liberales bien probadas», como se había hecho en la guerra de los Siete Años y al principio de la que entonces se libraba, lo que junto con la construcción de fuertes en Lumbier y Sangüesa, etc., sería «la contradicción más grande que podría experimentar el carlismo en toda la zona expresada»⁵.

En nuestros días varios autores, como Rodríguez Garraza, Mina Apat o Bullón de Mendoza, han puesto de relieve el liberalismo de estos valles (menos intenso en el de Salazar), que se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. El primero señaló que eran «de tendencia más bien liberales»⁶. Mina Apat subrayó el interés de estudiar con profundidad su «liberalismo aislado»⁷; para Bullón de Mendoza, Aezkoa y Roncal eran los únicos puntos de Navarra donde había una mayoría liberal⁸. A su vez, según Pan Montojo, los valles septentrionales junto con la Ribera fueron «islas isabelinas en Navarra», y en concreto Roncal, Salazar, Santesteban de Lerín, las Cinco Villas de la

3. Desde luego, cuando se imponían ayuntamientos absolutistas, los pronunciamientos eran en este sentido (ver pp. 25, 26).

4. AGN, Papeles de Francisco Javier Baztán Goñi, caja 33382, «Fragmentos sueltos o ensayos sobre los fueros de Navarra», fol. 123.

5. AGN, Actas de la Diputación, libro 84, sesión del 20 de marzo de 1875.

6. Rodrigo Rodríguez Garraza, *Navarra de reino a provincia (1828-1841)*, Pamplona, Pamiela, 2013, p. 218.

7. María Cruz Mina Apat, *Fueros y revolución liberal en Navarra*, Madrid, Alianza Universidad, 1981, pp. 124-125.

8. Alfonso Bullón de Mendoza, *La primera guerra carlista*, Madrid, Actas, 1992, p. 450.

Montaña y Valcarlos, «importantes pilares de la causa isabelina». Con todo, matiza que en Salazar el liberalismo era más débil y que las posturas variaron con el tiempo en función de la marcha de la guerra, entre otros factores, lo que le llevó a afirmar cautamente que estas circunstancias «encubrían la neutralidad de gran parte de su población» y a hablar de «la neutralidad o la posición filoliberal de los valles pirenaicos». Pan-Montojo mostró la división política del Baztan y de algunas localidades próximas como Santesteban. Se distinguirían un grupo de notables y burgueses cristinos, otro menos nutrido y menos influyente de notables carlistas y el tercero, formado por la mayor parte de la población, que se inclinaba por uno u otro bando en función de los avatares bélicos. Añadió que solo en las poblaciones más pequeñas se apoyaba al carlismo. De cualquier manera, tras un detallado análisis de la situación socioeconómica de la zona para razonar correctamente su postura, para este autor «los montañeses, por activa o por pasiva, constituyeron un importante apoyo a la causa isabelina»⁹.

En este contexto historiográfico, tras un breve primer capítulo dedicado a la demografía, la sociedad y la política del Pirineo navarro en la primera mitad del siglo XIX, en el segundo se da cuenta de los levantamientos anticarlistas registrados en esta demarcación al inicio de la guerra, de su éxito en 1836, cuando se agruparon en una organización común, «la Confederación liberal del Pirineo», de sus vicisitudes y de la manera en que todo ello influyó en la desigual presencia en el tiempo de tropas regulares de ambos bandos. Se expone cómo la excepcional actuación conjunta de algunos notables, sobre todo roncaleses, con las autoridades militares propició el pronunciamiento de sus habitantes contra los carlistas. Las noticias recabadas permiten conocer quiénes fueron los sublevados (notables, secundados por la mayoría de la población y por buena parte de los curas), el plan del alzamiento, la formación de juntas de armamento y defensa, la organización y los servicios de los movilizados, las proclamas a la población, etc. Su compromiso con la causa isabelina indica que la primera guerra carlista fue un factor de primer orden para que estos valles se identificaran con «la causa nacional», y, por tanto, que directa o indirectamente, consciente o inconscientemente, se implicaran en el

9. Juan Pan-Montojo, *Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1990, pp. 57 y ss.

proceso de construcción nacional, lo que tiene especial significación, ya que rompe la imagen de los liberales como ajenos a Navarra¹⁰.

Estos valles fueron conscientes de que para combatir a los carlistas era necesario «contrarrevolucionar la Navarra contra la Navarra» y crear fuerzas armadas propias compuestas por navarros, dirigidas por militares habituados a la guerra de guerrillas que conociesen la lengua vasca y el territorio para defenderlo de la invasión de gentes ajenas al mismo, es decir, de los carlistas¹¹. En un artículo de 1835 sobre el aspecto que presentaba la sublevación carlista en Navarra y las provincias Vascongadas se habla de la necesidad de oponer a los partidarios de don Carlos «cuerpos compuestos de naturales del país para equilibrar así la ventaja» que tenían por el apoyo que recibían de la población¹². También el año siguiente la *Gaceta de Madrid*, al ponderar el levantamiento del Roncal, insistió en que «el país deb[ía] pacificarse por el mismo país»¹³. Se muestra así que en esta comarca el combate de los liberales revestía las mismas características particularistas que siempre se adjudican a los partidarios del pretendiente y, como se ha dicho, lo impropio de considerar a los liberales extraños a Navarra.

Todo ello explica la relevancia que las autoridades liberales y la prensa diaria de Madrid y de otras ciudades dieron a los pronunciamientos de dichos valles a lo largo de la guerra, incluso para poner de relieve que el Gobierno

10. Una versión reducida de este tema, en Ángel García-Sanz Marcotegui, «La Confederación liberal de la Montaña. Valles navarros vascófonos por la ‘causa nacional’», en Félix Luengo Teixidor y Fernando Molina Aparicio (eds.), *Los caminos de la nación. Factores de nacionalización en la España contemporánea*, Granada, Comares, 2016, CD.

11. En el siglo XIX la lengua vasca era común en esta zona. En 1803 los párrocos del valle de Aezkoa señalaban el cúmulo de bienes que obtendrían sus feligreses si pudieran ser atendidos por el obispo en vascuence, pues por lo común era la única lengua que sabían. En 1851 no se podía sustituir a párrocos de pueblos del valle de Erro, que eran muy mayores, pues era necesario que hablasen vasco (José Goñi Gaztambide, *Historia de los obispos de Pamplona. Siglo XIX*, Pamplona, EUNSA, Gobierno de Navarra, 1991, t. IX, pp. 21-22, 674-675). No fue hasta la tercera década del siglo XX cuando esta lengua empezó a retroceder rápidamente en la parte sur del valle de Salazar, desde Esparza, y en los valles de Erro, Roncal, Esteribar, Arriasoiti, Anue, Olaiibar, Juslapeña, Gulina y Arakil (Irular, «El vascuence en Navarra», *Navarra MCMXXV*, Pamplona, Emilio García Enciso editor, 1925).

12. *BOP*, 4-VI-1835.

13. *Gaceta de Madrid*, 7-II-1836.

los abandonó a su suerte en algunos momentos, pese a su valor estratégico: todos ellos fronterizos a Francia, y el más oriental, el del Roncal, contiguo a los aragoneses de Ansó y Hecho. De ahí que los dos bandos contendientes pugnarán por tenerlos bajo su control por las ventajas de todo orden que les proporcionaba.

En el tercer capítulo se traza con detalle la ocupación de los valles pronunciados y su desarme a finales de 1837 (con la excepción de Valcarlos), para mostrar el difícil trance por el que atravesaron entonces sus habitantes. Asimismo se ofrece información acerca de cómo en la inmediata posguerra y durante el reinado de Isabel II los valles pirenaicos siguieron manifestándose a favor del régimen constitucional e incluso sobre la persistencia de la impronta liberal en la comarca, fundamentalmente en el valle de Aezkoa, durante más de un siglo.

El estudio se completa con un apéndice biográfico que recoge las semblanzas de unas decenas de militares profesionales, paisanos movilizados y curas de la comarca que destacaron por su adscripción al liberalismo.

Cabe subrayar que todo lo referido plantea interrogantes, cuya respuesta ayudaría a desvelar el alcance del desigual alineamiento de las distintas comarcas de Navarra en las guerras carlistas y, fundamentalmente, las razones que lo explican.

Con todo ello, se pretende contribuir a una interpretación más cabal de las guerras carlistas en Navarra, y también a reparar «la memoria liberal», hoy desvanecida en la comarca, en parte, porque en muchos de los autores que se han ocupado de estos valles en los últimos años predomina un enfoque etnográfico (mitología, actividades tradicionales, indumentaria, folklore, paisaje, etc.). Ciertamente se conoce a grandes rasgos la trayectoria de las principales personalidades de las que se habla aquí, pero apenas se hace hincapié en su impronta liberal.

En cuanto a las fuentes, por desgracia, no he podido saber si llegaron a elaborarse algunos trabajos que aportarían información directa sobre el pronunciamiento. Así, con arreglo a una orden de finales de 1839, en septiembre de 1840 la junta del valle de Aezkoa encargó al abogado José Ilíncheta^{*14} que

14. El asterisco detrás de un nombre indica que su semblanza se recoge en el apéndice biográfico.

hiciera una relación de los hechos de la Milicia Nacional del valle, pero no se sabe siquiera si llegó a hacerla. Tampoco he encontrado ninguna respuesta a la circular del Gobierno político de Navarra, del 27 de octubre de 1839, enviada a los ayuntamientos de la provincia. Su interés es máximo, pues abarcaba 31 preguntas, algunas tan significativas como las siguientes: «¿cuántos hombres han tomado voluntariamente las armas en el ejército de la Reina?», «¿cuántos en la Milicia Nacional?», «¿cuántos tomaron las armas a favor de don Carlos?» o «¿cuántas familias enteras emigraron de la jurisdicción abandonando sus casas por compromisos políticos?».

Por todo ello, en buena medida se han utilizado fuentes hemerográficas. Desde luego, no es necesario subrayar su carga subjetiva. Con todo, importa señalar que en muchas ocasiones los periódicos del momento reproducían textualmente oficios, partes, exposiciones, etc., por lo que suministran muchas noticias directas y primarias, máxime teniendo en cuenta que algunas procedían del *Boletín Oficial de Pamplona*, creado en 1834. Tanto es así que *El Eco del Comercio* llegó a quejarse de que ese *Boletín*, que a su juicio debiera ser el más interesante de todos los que se editaban en las provincias, tenía que ocuparse más de las operaciones de guerra¹⁵. Sea como fuere, gracias también a las fuentes directas de los diversos archivos consultados, se ha podido comprobar los minuciosos planes de los pueblos del Pirineo navarro para tomar las armas contra los carlistas y trazar una secuencia bastante detallada de los acontecimientos y demostrar así la dureza de la guerra por las exacciones de todo tipo¹⁶, la influencia de la presencia o ausencia de tropas regulares, la actitud de los notables, incluidos clérigos, en el alineamiento de la población, etc.

15. BOP, 21-V-1835. Lógicamente, el *Boletín*, que en la colección consultada tiene una gran laguna en el año 1836, rechazó las imputaciones de *El Eco del Comercio* (4-V-1835). Este había dicho que el periódico pamplonés ocupaba la mayor parte de la primera página a la astronomía y «el resto, en circulares, decretos o versos de méritos disputables, cuando menos».

16. En septiembre de 1840 el Ayuntamiento de Aribe acordó vender terrenos comunales por valor de 15 000 reales para hacer frente a la deuda que tenían con los demás pueblos del valle, pues «no podían recoger cosa alguna en atención a que han asolado [al valle] completamente los carlistas con los incendios, saqueos y continuas exenciones [sic] en los dos años últimos, de tal modo que no tienen ni lo puramente necesario para vivir» (AGJA, Libro núm. 5 de acuerdos de Aezkoa, sesión del 13 de septiembre de 1840, fol. 53).